

# ‘Tristeses’ Versión castellana

Alfonso Sánchez

## TRISTEZAS<sup>1</sup>

El tiempo nos cambia la tristeza. Los jóvenes tienen tristezas blancas, de amores falsos y soledades de una tarde. Son las penas buenas las que ayudarán a perfilar una cara indecisa, que no sabe si reír o llorar. Todos hemos pasado aquellos cuatro días bellísimos de la primera derrota sentimental: abandonados por primera vez, probábamos un dulzor más espeso que el de los labios que ya no nos querían: el gusto del regreso al amor propio. Pensábamos que ya no volveríamos a amar a nadie y que el mundo sería nuestro... Empezábamos, pues, a entender cómo se pierde la vida.

Uno de los versos más famosos dice que se pierde por delicadeza. No lo sé. Tal vez sea más decisivo el aburrimiento. Cuando decidimos que seremos un animal solitario, en realidad estamos decidiendo que seremos un depredador de corazones. Y todo se vuelve inevitablemente teatral: la soledad necesita de los otros para que la vean, para que la devoren. Ni cuando podemos ser más altivos con los espejos, nos gustamos, y el descubrimiento del egoísmo nos empuja hacia el centro del escenario. Ya estamos en peligro de amor.

Edgar Poe buscó en el vicio de la tristeza la fuerza de un gran poema. Un cuervo que sólo sabe decir “nunca más” va haciendo inútiles las preguntas de un amante desesperado. ¿Inútiles?... Para la esperanza, sí. Pero Poe piensa en el placer, y sabe que el placer

---

1. Esta versión de “Tristeses” fue publicada por primera vez en la revista *Puente de Plata* (Málaga), verano de 1999, nº. 6, págs. 28-31.

que él y nosotros obtendremos del poema depende del sufrimiento del protagonista. ¿Sabemos cómo sufre este hombre? Según el poeta, «experimenta una frenética fruición al estructurar su interrogatorio, ya que confía en que el esperado *nevermore* le proporcionará la tristeza más deliciosa justamente por ser la más intolerable». Dicho de otra manera: es una persona que ya no se aburre porque puede hablar de su desgracia. El interlocutor, el cuervo, es la negra necesidad perversa del dolor, y es también la posibilidad de mostrarlo. En el fondo de este charco íntimo, se encierran los bostezos de una vanidad absurda y satisfecha.

Poe tenía treinta y cinco años cuando tramó *El cuervo*, pero la obra reposa en una confianza casi juvenil. No habría poema si, en lugar de responder «nunca más», el cuervo respondiese «sí», que es lo que quieren oír los que ya no son jóvenes. Cuando la poesía dice «sí», ya suele ser demasiado tarde, ya no habla de los otros, sino de la única muerte que no tiene solución: la propia. La vida quiere felicidad; la poesía, no. ¿Por qué nos creemos que la poesía explica la vida? Porque, como el cuervo de Poe, la poesía convierte el dolor en placer y falsifica el tiempo, lo hace ser momentos incorruptibles. ¿No es ésta la felicidad que buscamos inútilmente en la vida?

La tristeza, cantada, puede volverse alegría. Hay pocas cosas más extrañas. Sobre todo cuando la tristeza no quiere ser más que tristeza: la pena negra nada pide, nada acepta que la distraiga, nunca quiere acabarse. De este charco, no saldrá agua clara. Para convertir la pena en música, se ha de tener esperanza. No es que los desesperados de los poemas mientan; pueden ser completamente sinceros, porque no son. Los que han de saber mentir son los autores. El malentendido se produce cuando los confundimos, cuando convertimos el personaje en persona. Que es de lo que se trata: ¿aceptaríamos emocionarnos con falsificaciones? El secreto de toda esta alquimia es que queremos realismo hasta el límite, queremos que el dolor que encontramos en unos versos sea dolor de verdad. Tanto lo queremos, que nos volvemos crédulos, olvidamos, para poder contemplar las del otro, cómo las penas secan el corazón, y entramos en la mentira contentos, oxigenados.

(“Tristeses”, texto publicado originalmente en el diario *Avui*, fue posteriormente incluido por Pere Rovira en *Diari sense dies* (1998-2003), 2004).